

La actuación de las fuerzas de seguridad a lo largo de cuatro décadas fue minando la capacidad de la banda terrorista hasta acorralarla

La dentellada del Lobo y otros golpes policiales

ÓSCAR LÓPEZ-FONSECA, Madrid
No todas las desarticulaciones de comandos hicieron mella en ETA de la misma manera. Ni todas las detenciones de dirigentes le afectaron de igual modo. Ante el inminente anuncio de disolución de la banda, expertos de la lucha antiterrorista de la Policía Nacional y la Guardia Civil señalan las operaciones policiales que a lo largo de las últimas cinco décadas fueron claves para acabar a ETA a su fin. Son estas:

El infiltrado. El primer gran golpe a ETA se produjo en el verano de 1975 y tuvo como protagonista a Mikel Lejarza, *El Lobo*, un joven vasco al que los servicios de información habían infiltrado dos años antes en la organización terrorista. El ascenso del Lobo en la estructura de la banda le permitió contactar con sus máximos responsables y conocer los detalles del despliegue que habían preparado en Madrid y Barcelona para cometer atentados. Tras sendos tiroteos, que causaron la muerte de un etarra y un policía, además del arresto de otros cuatro miembros de la banda, los servicios antiterroristas desarrollaron en los siguientes meses varias operaciones en Galicia, Madrid y Barcelona que concluyeron con el arresto de 158 etarras, entre ellos siete integrantes de la cúpula. "La banda pecaba entonces de cierta ingenuidad para captar a sus integrantes. Aquel fue el primer gran golpe y afectó a su estructura fuera del País Vasco", destaca un experto antiterrorista.

Los misiles de Sokoa. En noviembre de 1986 era localizado en la fábrica de muebles Sokoa, en Hendaya, el mayor arsenal de ETA descubierto hasta entonces. Un veterano agente explica que su relevancia no estuvo tanto en el desarrollo de la operación policial. "Se utilizaron sofisticados medios técnicos para la época, facilitados por la CIA", destaca. En concreto, un radiotransmisor que se instaló en los misiles que los servicios antiterroristas hicieron llegar a la organización terrorista a través del mercado negro de armas. El objetivo era seguir el rastro de estas armas hasta el comando Madrid, el más activo de la organización. Sin embargo, el te-

mor a que las balizas —cuya señal comenzó a debilitarse— dejaron de funcionar precipitó el registro. Fueron detenidos seis miembros de ETA, se intervinieron armas y, sobre todo, abundante documentación del aparato financiero.

La caída de Bidart. Con los Juegos Olímpicos de Barcelona y la Expo de Sevilla en el horizonte, en marzo de 1992 fue descabezada la cúpula de ETA. En un chalé de la localidad vascofrancesa de Bidart fueron detenidos Francisco Múgica Garmendia, *Pakito*; José Luis Álvarez Santacristina, *Txelis*, y José Arregi Erostabar, *Fiti*. La investigación había arrancado en diciembre de 1991 al detectar la Guardia Civil los primeros pasos para organizar la fuga de varios presos etarras reclusos en la

Para localizar el arsenal de Hendaya en 1986 se usaron medios de la CIA

Tras la operación de Bidart, ETA se sintió vulnerable por primera vez

La Guardia Civil analizó miles de documentos para hallar a Ortega Lara

cárcel de Ocaña. El seguimiento de uno de los que iba a participar en la huida llevó a los agentes a la localidad francesa de Guéthary, donde fue localizado Txelis. La estrecha vigilancia al entonces jefe del aparato político permitió averiguar la celebración de una reunión. Cuando la policía francesa asaltó el caserío donde se celebraba, hallaron a Fiti, que intentó escapar, Txelis y Pakito, estos dos últimos mientras se deshacían de documentación en el inodoro. "Por primera vez, ETA se vio vulnerable", coinciden mandos de la Policía y la Guardia Civil.

El frustrado atentado al Rey. Solo habían pasado cuatro meses del atentado fallido contra el entonces líder de la oposición, José María Aznar, cuando la Policía

Nacional frustró en agosto de 1995 el intento de asesinato del rey Juan Carlos I. "Nunca antes ETA había apuntado tan arriba contra el Estado", recuerda un policía. La organización había dedicado dos años a preparar el atentado, propuesto por uno de sus veteranos militantes, Juan José Rego, al que facilitó un rifle con mira telescópica. Él y otros dos etarras se desplazaron a Mallorca y pasaron varios días vigilando los movimientos del yate *Fortuna* y de la familia del Rey desde un piso situado frente al Club Náutico de Palma. Llegaron a tener a tiro al Rey en varias ocasiones. La Policía Nacional, que había recibido una información sobre la posible llegada a las islas de terroristas en un velero con casco negro, consiguió localizarlo en el puerto de Alcúdia. Tras identificar a los etarras gracias a las huellas dactilares extraídas de un vaso, fueron detenidos el 8 de agosto.

El fin del secuestro más largo. El 1 de julio de 1997, la Guardia Civil puso punto final al secuestro más largo de ETA, el del funcionario de prisiones José Antonio Ortega Lara. La pista que permitió iniciar la investigación que llevó hasta el zulo —en una nave industrial de Mondragón (Gipuzkoa)

Un cuatrienio negro para el aparato militar

"Entre 2001 y 2003 se realizaron varias desarticulaciones clave del aparato militar, de las que ETA nunca se repuso totalmente", destaca un mando policial. En esos cuatro años fueron detenidos Francisco García García Gaztelu, *Txapote*; José Luis Mitxelena, *Orlegi*; Juan Antonio Olarra Guridi, *Jon*; Ainhoa Múgica, *Olga*, Ibon Fernández Iradi, *Susper*, y Gorka Palacios, *Andoni*. A *Susper* se le intervinieron numerosa documentación que incluía informes operativos, notas de autocritica y listados de posibles candidatos a entrar en la banda. En los meses siguientes cayeron cerca de 60 de ellos.



EL FIN DE ETA / 4



Agentes de la Guardia Civil detienen al etarra Aitor Esnaola en abril de 2011 en un caserío en Legorreta (Gipuzkoa). Abajo, operación de la Ertzaintza contra ETA en Hernani en agosto de 2010. / JESÚS URIARTE



en la que Ortega Lara estuvo retenido 532 días— fue el hallazgo en poder de varios dirigentes de la banda de notas en las que se repitían las siglas BOL, una de ellas junto a la palabra “Ortega”.

La Guardia Civil analizó miles de documentos para determinar qué se escondía detrás de esas tres letras, hasta centrar los esfuerzos en Josu Uribetxeberria Bolinaga, simpatizante de la banda. Su seguimiento llevó a los agentes a la nave, donde observaron cómo Bolinaga y los otros integrantes de su comando escondían todas las semanas con bolsas de comida. A las cuatro de la madrugada del 1 de julio, la Guardia Civil los detenía e iniciaba el registro del local. Tardó horas en descubrir el ingenio hidráulico que daba acceso al zulo donde retenían a Ortega Lara. “No solo se liberó a una víctima. También se puso fin a un chantaje al Estado de casi dos años”, dice un agente que participó en la investigación.

El cierre de ‘Egin’. En 1998, la Policía Nacional cambió parte de la estrategia de la lucha contra ETA. Hasta ese momento, el objetivo principal de la actuación de las Fuerzas de Seguridad del Estado había sido la desarticulación

A partir de 1998, la lucha antiterrorista se amplió al entorno etarra

La casa de Anboto y Mikel Antza fue vigilada cuatro años en vano

La detención de Ata en 2010 supuso el fin de la banda, dice un mando policial

de comandos para evitar atentados. A partir de entonces, los investigadores dirigieron parte de sus esfuerzos hacia las organizaciones del entorno de la banda, a cuyas órdenes sospechaban que estaban. En pocos meses, la policía desarrolló dos operativos contra estas. La primera, desarrollada en mayo bajo el nombre de Operación Kaseco, concluyó con la detención de una decena de personas implicadas en una trama empresarial de la Koordinadora Abertzale Sozialista (KAS). Mes y medio después eran arrestados en la Operación Persiana una quincena de responsables del diario *Egin*, que fue cerrado por orden del juez Baltasar Garzón. “Tocar la estructura legal fue clave para poner a la organización contra las cuerdas”, insisten fuentes policiales. Tras estas dos vinieron otras muchas como las operaciones Estaca de Bares, Ugao o Itzali.

La pareja más buscada. El 3 de octubre de 2004, la policía francesa detenía en la localidad de Salies de Bearn a Mikel Albisu, *Mikel Antza*, y a su compañera, Soledad Iparragirre. *Anboto*, considerados máximos responsables de la banda. El operativo, que se saldó con la detención de 28 per-

sonas a un lado y otro de la frontera, permitió también desmantelar cinco depósitos de armas con más de 1.100 kilos de explosivos y dos misiles tierra-aire, además de subfusiles, pistolas, revólveres, munición y detonadores.

La operación se había iniciado cuatro años antes, durante los seguimientos a Ignacio Gracia Arregi, *Iñaki de Rentería*, un veterano dirigente al que se vio acudir dos días seguidos a una vivienda en el sur de Francia. La casa fue sometida a vigilancias esporádicas durante esos años, sin que se pudiese averiguar quiénes eran sus moradores. Pese a ello, los agentes decidieron registrarla durante la Operación Santuario. Al entrar descubrieron que allí se ocultaban Mikel Antza y Anboto, con su hijo de siete años. “Fue el gran golpe contra ETA”, señalan fuentes consultadas.

El último gran jefe. En mayo de 2010 era detenido en Bayona (Francia) Mikel Karrera Sarobe, *Ata*, jefe del aparato militar. Considerado un duro entre los duros, su rápido ascenso a la cúspide de la organización se había producido tras la caída en 2008 de sus antecesores: Francisco Javier López Peña, *Thierry* (este jefe del aparato político), Garikoitz Aspiazu, *Txeroki*, y Aitzol Iriondo, *Gurbitz*. Para entonces, Ata ya era señalado como el autor material del asesinato de dos guardias civiles en el sur de Francia. Como máximo cabecilla se le adjudica el último crimen de la organización: la muerte del policía francés Jean-Serge Nérin en marzo de 2010.

La investigación que provocó su caída arrancó tras interceptar en Zamora la Guardia Civil una furgoneta alquilada con un DNI falso en el que figuraba una foto suya y que, a su vez, se había utilizado para abrir una cuenta en Francia con tarjeta de crédito. El rastro de esta permitió delimitar la zona en la que presuntamente se movía y descubrir a colaboradores. El control sobre uno de ellos llevó a la vivienda en la que Ata se ocultaba. “Fue el último jefe carismático de ETA. Cuando lo detuvimos, supimos que habíamos acabado con la banda”, recuerda un mando de la Guardia Civil. Año y medio después, tres encapuchados anunciaban el “cese definitivo” del terrorismo.